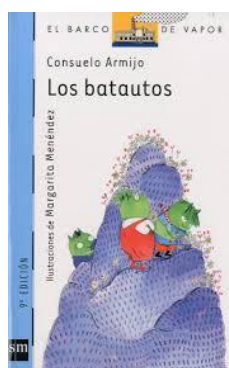


Consuelo Armijo, *Los batautos*. Ilustr.: Margarita Menéndez. Madrid, Alfaguara, 1991. Premio Lazarillo. Premio CCEI. (Col. “Barco de Vapor azul”



Consuelo Armijo inició con este libro la **serie** de los **batautos**, en 1974, “unos seres verdes con orejas al principio de la cabeza y pies al final del cuerpo”, serie que luego continuaría con títulos como *Más batautos* (1978), *Los batautos hacen batautadas* (1981), *Los batautos en Butibato* (1986), *¡Hasta siempre, batautos!* (2004). Son también obras suyas: *El pampinoplas* (1979), *El mono imitamonos* (1984), *Aniceto el vencecanguelos* (1986), *En Viriviví* (1988), *Sérase una vez* (1997), *Caminos sin trazar* (1998), *Marabato* (2002)...

Los **batautos** tienen su manera de pensar. Por ejemplo, **Peluso** le explica a **Buu** que “puesto que uno y uno eran dos, una y una tenían que ser “das”, aunque esto último había muy poca gente que lo supiera” (p. 45). Y es que los **batautos** todo lo hacen a su modo. Pero siempre son fieles a valores como la amistad y la solidaridad.

Peluso el listo, **Buu** el tontito, **Gusi** el perezoso y **Erito** el cascarrabias son, junto con el sabio y bondadoso -aunque un poco despistado- **rey don Ron**, los principales protagonistas de esta historia de batautos. **Peluso** decide ir a dar un paseo, el más largo de su vida, y le ocurren muchas peripecias. Los batautos se pasan el día haciendo **batautadas**: fiestas, juegos, inventos y ocurrencias que siempre acaban en divertidos desastres.

Un libro lleno de **humor**, muy próximo a la literatura del **absurdo** y el **nonsense** —tan grato a los británicos desde la época victoriana, con **Lewis Carroll** y **Edward Lear** a la cabeza—, que refleja las aventuras y desventuras de unos peculiares personajes, los **batautos**

Consuelo Armijo Navarro-Reverte (Madrid, 1940 – ibidem, 2011) fue una escritora española, dedicada especialmente a la **literatura infantil y juvenil**. Hizo ocasionalmente de **ilustradora**. Fue galardonada con el **Premio Lazarillo** en 1974, por su obra *Los batautos*, y con el **Premio Barco de Vapor** en 1978, por *El Pampinoplas*.

Entre sus **artículos** sobre la LIJ, podemos citar:

- “El papel del ilustrador. Notas para una polémica”. *CLIJ. Cuadernos de literatura infantil y juvenil* (1991). Nº 25, pp. 16-19.
- “Celia era la única que me comprendía”. *CLIJ. Cuadernos de literatura infantil y juvenil*. (1992) Nº 41, pp. 13-15.
- “El Nonsense, un arma contra los cuentos cuadrados”. *CLIJ. Cuadernos de literatura infantil y juvenil* (1992). Nº 45, pp. 28-31.

Reproducimos aquí algún fragmento de *Los batautos*:

Capítulo 15. ¡Feliz cumpleaños! (pp. 134-141)

“PELUSO llevaba ya varios días sin salir, pues, como todos los años, al llegar la primavera, había convertido el salón en laboratorio científico, y se había encerrado allí a inventar un aparato para volar. Y es que a Peluso, como era todo un caballero, no le gustaba pisar las flores, y en primavera había tantas que le resultaba muy difícil andar. Y, como todos los años, entre los batautos había gran expectación por ver a Peluso salir de su casa volando, pues, a pesar de sus muchos fracasos en las primaveras anteriores, nadie había perdido la fe en él.

Esta vez Peluso había inventado un aparato que creía le iba a dar muy buen resultado. Consistía en varias tapas de cacerolas atadas a un aro. Peluso les estaba haciendo dar vueltas muy deprisa, y ya le parecía que iba a salir por los aires, cuando por la ventana entreabierta vio la cabeza de Don Ron.

—¡Eh, Peluso! —le dijo—. Mañana es mi cumpleaños. Vengo a invitarte a merendar. Ya se lo he dicho a los demás. Adiós, te espero sin falta —y desapareció sin dar tiempo a que el asombrado Peluso contestara.

«¡Zambombas! ¡Don Ron cumpliendo años! ¡Si nadie, ni él mismo, se acuerda de cuándo nació!», pensó Peluso, cada vez más asombrado.

Y dejando caer con gran estrépito todas las tapas de cacerolas, salió corriendo a comentar la noticia.

De dos en dos recorrió los cuatrocientos pasos que le separaban de casa de Buu, y llegó jadeante pero con grandes ganas de hablar.

Para su desgracia, encontró a Buu muy preocupado pensando cuántas velas iba a poner Don Ron en su tarta, y no había medio de hablar con él de otra cosa.

Peluso le dijo que eso era una tontería, y que Don Ron pondría las velas que le diera la gana.

—No, no, no —dijo Buu—. Eso no lo hará. No se puede hacer.

Peluso trató de convencerle, pero, viendo que Buu no le entendía, se volvió a su casa.

Allí seguían todas las tapas de cacerolas atadas al aro, pero Peluso no les hizo ni caso. Él ya sólo podía pensar en la merienda de Don Ron, y, como hacía mucho tiempo que no comía nada más que patatas, se estaba poniendo la mar de contento.

«Además podré llevar en el cuello ese lazo rosa que me regaló Buu para las grandes ocasiones y que todavía no he estrenado», pensó i en el colmo de la felicidad.

Llegó el día siguiente, y Peluso, con su lazo rosa, entró en casa de Don Ron.

Allí se encontró con todos los demás batautos. A todos les gustó su lazo, y Peluso estaba muy alegre y no paraba de hablar.

Les explicó que volar es lo mismo que columpiarse cuando nadie le da a uno.

—La única diferencia —dijo— es que los animales privilegiados que vuelan sin columpio no vuelven hacia abajo, porque cuando se baja es el columpio el que nos empuja a nosotros; en cambio, cuando se sube, somos nosotros los que empujamos al columpio, y entonces volamos.

También dijo que nadar es volar cen el agua, y que por eso hay que dar patadas muy parecidas a las que uno tiene que dar para columpiarse, y que los remos son las alas de las barcas.

—Oye, Peluso —dijo Buu—, ¿tú crees que todos los batautos llegaremos a volar algún día?

Peluso iba a contestar algo, pero su opinión sobre el particular debió de cambiar al ver a Gusi de pie, tambaleándose de un lado a otro pesadamente. El pobre Peluso se quedó sin saber qué decir, pero entonces se oyó: «¡cataplum!», y Gusi apareció sentado en el suelo. Todos corrieron a levantarlo, y la pregunta quedó olvidada.

Peluso, que creía entender mucho de psicología, pensó que a Gusi le debía de estar dando mucha vergüenza el haberse caído delante de todos, y le dijo:

—No te apures, Gusi; eso le pasa a cualquiera.

—Sí, es verdad —dijo Buu—. ¿Te acuerdas, Peluso, cuando tú te caíste al río y saliste chorreando, con todo el pelo pegado a la piel y...? —Buu iba a continuar, pero se calló, pues le pareció que a Peluso no le estaba haciendo gracia tanta descripción.

—Bueno, a merendar, a merendar —dijo Don Ron, cortando el tema muy oportunamente.

Y todos se dirigieron al comedor.

La merienda fue magnífica: pasteles, chocolatinas, churros, bocadillos de jamón, queso, chorizo, *foie-gras*. En fin, no faltó de nada.

En el centro de la mesa había una tarta con una sola vela.

—¿Ves? ¿No te dije que pondría las velas que quisiera? —dijo Peluso a Buu con la boca llena de pastel de chocolate.

—No, no —contestó Buu con la boca llena de crema de vainilla—. Si hay una sola vela, por algo será.

Y Buu tenía razón, pues, llegado el momento de cortar la tarta, Don Ron dijo:

—He puesto una sola vela porque, que yo recuerde, es mi primer cumpleaños.

Y de un solo soplo la apagó.

Una vez terminada la merienda, Don Ron se levantó para echar un discurso. Todos los batautos se dispusieron a escuchar.

—Queridos subditos —dijo Don Ron—, hoy, día de mi primer cumpleaños (que yo recuerde), os voy a dar una sorpresa: os voy a dejar ver mi colección de sonrisas, de todas esas sonrisas que vosotros me dedicáis cuando me encontráis por el bosque. Hay reyes a quienes les gusta que sus subditos les tiren pétalos de rosa; a mí, en cambio, lo que más me gusta son esas sonrisas espontáneas. Aquí están todas. ¿No las veis cómo flotan en el aire? Esa tan luminosa es de Buu. La tengo desde aquel día que le di un pisotón muy grande, y, en vez de echarse a llorar, sonrió y dijo: «No me ha dolido». Esa sonrisa no desaparecerá nunca, y yo la guardaré siempre. Vosotros deberíais hacer lo mismo. Por ejemplo: tú, Peluso, guarda las sonrisas de Buu cada vez que te ve y, si alguna vez estás triste, míralas y verás cómo te alegras.

Don Ron se paró para beber un poco de agua.

Los batautos se habían quedado en silencio, con el corazón lleno de sonrisas.”

Más información:

- Consuelo Armijo, *Los batautos hacen batautadas*, http://ecat.server.gruposm.com/ecat_Documentos/ES25323_000638.pdf